

Los ojos abiertos de la muerte

Quedé un momento desamparado por aquel descubrimiento. La propia Simone estaba desamparada. Marcelle dormitó en mis brazos. No sabíamos qué hacer. Su falda levantada dejaba entrever el toisón entre las cintas encarnadas al final de largos muslos. Aquella desnudez silenciosa, inerte, nos comunicaba una especie de éxtasis: un soplo habría debido convertirnos en luz. Ya no nos movíamos, deseosos de que aquella inercia durara y de que Marcelle se durmiera del todo.

Me agotaba un deslumbramiento interior y no sé cómo habrían ido las cosas si, de pronto, Simone no se hubiera agitado suavemente; abrió los muslos, los abrió al fin todo lo que pudo y me dijo, con una voz blanca, que ya no podía retenerse más; inundó su traje temblando; en el mismo instante, la leche fluyó en mi pantalón.

Me tumbé entonces en la hierba, apoyando el cráneo en una piedra lisa y mirando fijamente la Vía Láctea, extraño boquete de esperma as-

tral y orina celestial atravesando la bóveda craneana de las constelaciones: un huevo, un ojo aplastado, o mi cráneo deslumbrado, pegado a la piedra, devolvían al infinito las imágenes simétricas brillantes en la inmensidad —en el espacio vacío donde se desgarran como un grito de gallo en pleno silencio. Nauseabundo, el absurdo grito del gallo coincidía con mi vida: o sea ahora el Cardenal por culpa de la grieta, del color rojo, de los gritos discordantes que había provocado en el armario, y también porque solemos degollar gallos...

A otros el universo les parece honesto. Les parece honesto a la gente honesta, porque tienen los ojos castrados. Esta es la razón por la que temen la obscenidad. No experimentan angustia alguna si escuchan el grito del gallo o si descubren el cielo estrellado. En general, disfrutamos de los «placeres de la carne» a condición de que sean insípidos.

Pero, ya por entonces, no cabía duda alguna: no me gustaba lo que suele llamarse «placeres de la carne», y de hecho porque son insípidos. Me gustaba lo que suele considerarse «sucio». Por el contrario, no me satisfacía para nada la orgía habitual, porque sólo ensucia la orgía y, de todos modos, deja intacta una esencia elevada y perfectamente pura. La orgía que cono-

co mancilla no sólo mi cuerpo y mis pensamientos, sino todo lo que imagino ante ella y, sobre todo, el universo estrellado...

Asocio la luna a la sangre de las madres, a las menstruaciones cuyo olor produce náuseas.

Amé a Marcelle sin añorarla. Si está muerta, es por culpa mía. Si bien tenga pesadillas, si bien durante horas me encierre a veces en un sótano porque estoy pensando en Marcelle, estoy dispuesto a volver a empezar, por ejemplo, a hundirle, cabeza abajo, el pelo en la taza de los retretes. Pero ella está muerta, y yo vivo reducido a los acontecimientos que me acercan a ella cuando menos los espero. Me es imposible concebir sin ello alguna relación entre la muerte y yo, lo cual convierte a la mayoría de mis días en un inevitable tedio.

Me limitaré ahora a contar cómo se ahorcó Marcelle: reconoció el armario normando y castañeteó los dientes. Comprendió entonces, al mirarme, que yo era el Cardenal. Como se había puesto a chillar, no hubo otro medio para calmarla que dejarla sola. Cuando volvimos a entrar en el cuarto, se había colgado en el interior del armario.

Corté la cuerda, ella estaba bien muerta. La instalamos sobre la alfombra. Simone me vio ereccionar y me la meneó; nos tumbamos en el suelo y follé con ella junto al cadáver. Simone era virgen, y nos dolió, pero nos alegraba

precisamente que nos doliese. Cuando Simone se levantó, miró el cuerpo, Marcelle había pasado a ser una extraña y la misma Simone lo era para mí. Yo no amaba ni a Simone ni a Marcelle y, si me hubieran dicho que yo mismo acababa de morir, no me habría sorprendido. Estos acontecimientos me estaban vedados. Miraba a Simone, y lo que me gustó —lo recuerdo con precisión— fue que empezó a portarse mal. El cadáver la irritaba. No podía soportar que aquel ser con la misma forma que el suyo ya no la sintiera. La crispaban sobre todo los ojos abiertos. Inundó el rostro sereno; parecía sorprendente que los ojos no se cerrasen. Estábamos tranquilos *los tres*, eso era lo más desesperante. Toda representación del tedio se relaciona para mí con aquel momento y con el obstáculo cómico que es la muerte. Esto no me impide pensar en ella con rebeldía e incluso con un sentimiento de complicidad. En el fondo, la falta de exaltación hizo absurdas las cosas; la Marcelle muerta estaba menos alejada de mí que la viva, en la medida en que, tal como lo pienso, el ser absurdo tiene todos los derechos.

Que Simone se haya meado sobre ella, por tedio, por irritación, demuestra hasta qué punto estábamos cerrados a la comprensión de la muerte. Simone estaba furiosa, angustiada, pero en modo alguno movida al respeto. Marce-

lle nos pertenecía hasta tal punto en nuestro aislamiento que no habíamos visto en ella a una muerta como las demás. Marcelle no era reductible a las medidas de las demás. Los impulsos contrarios que dispusieron de nosotros aquel día se neutralizaban, dejándonos ciegos. Nos situaban muy lejos en un mundo donde los gestos carecen de alcance, como voces en un espacio insonoro.